



IMAGINARIOS Y REPRESENTACIONES EN TORNO AL RIESGO, AMENAZAS Y DESASTRES EN ZAPARA Y EL CONSEJO DE CIRUMA-EDO. ZULIA: UNA PERSPECTIVA COMPARADA



GARCÍA DELGADO, JULIO

Universidad Nacional Experimental "Rafael María Baralt" (UNERMB)
Estado Zulia, Venezuela

LÓPEZ POLANCO, JOEL

Universidad Nacional Experimental "Rafael María Baralt" (UNERMB)
Estado Zulia, Venezuela

PIÑA REYES, ÁNGEL

Centro de Investigaciones Educativas, Universidad Nacional Experimental
"Rafael María Baralt"
juliogarciad@hotmail.com

Resumen

En este texto se reseña la realización de un estudio comparativo en El Consejo de Ciruma (municipio Miranda de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo) y la isla de Zapara (municipio Almirante Padilla) en torno a la construcción de imaginarios y representaciones sobre riesgos, amenazas y desastres en las comunidades mencionadas, bajo una mirada antropológica. Se parte de la idea de “desastre” como una categoría cultural, en tanto sus efectos trascienden lo material y deja secuelas socioculturales que quedan grabadas en el imaginario de los grupos que lo padecen y se generan representaciones en torno a dichos eventos catastróficos, en concordancia con los planteamientos de Cardona (1993), Amodio (2005) y Altez (2010). Se concluye que los diferentes espacios geográficos (isla-colina) propician particularidades en cuanto a la aparición de riesgos y amenazas, por lo que el abordaje partiendo de las realidades físicas de cada comunidad son necesariamente diferenciadas. Dichos riesgos propician imaginarios y representaciones particulares en cada comunidad, en donde en Zapara, por ejemplo, los imaginarios y representaciones giran en torno a las lluvias y al agua, en tanto que en El Consejo de Ciruma son en torno a la sequía y al fuego.

PALABRAS CLAVE: imaginarios, representaciones, desastres, Zapara, el Consejo de Ciruma.

IMAGINAIRES ET REPRÉSENTATIONS AUTOUR DU RISQUE, DES MENACES ET DES CATASTROPHES À ZAPARA ET EL CONSEJO DE CIRUMA, ZULIA : UNE PERSPECTIVE COMPARATIVE

Résumé

Ce texte décrit la réalisation d'une étude comparative dans le Conseil de Ciruma (municipalité de Miranda sur la côte orientale du lac de Maracaibo et l'île de Zapara (mu-



nicipalidad d'Almirante Padilla) autour de la construction d'imaginaires et de représentations sur les risques, les menaces et les catastrophes dans les communautés, d'un point de vue anthropologique, à partir de l'idée de « catastrophe » comme catégorie culturelle, car ses effets transcendent la matière et laissent des conséquences socioculturelles qui restent gravées dans l'imaginaire des groupes qui en souffrent et les représentations sont générés autour de ces événements catastrophiques, conformément aux propositions de Cardona (1993), Amodio (2005) et Altez (2010). Il est conclu que les différents espaces géographiques (île-colline) se prêtent à des particularités concernant l'apparition des risques et des menaces, donc l'approche basée sur les réalités physiques de chaque communauté sont nécessairement différenciées. Il y a des imaginaires et des représentations particuliers dans chaque communauté, où à Zapara, par exemple, les imaginaires et les représentations tournent autour de la pluie et de l'eau, tandis qu'à El Consejo de Ciruma ils tournent autour de la sécheresse et du feu.

MOTS-CLÉS : imaginaires, représentations, désastres, Zapara, le Concile de Ciruma.

IMAGINÁRIOS E REPRESENTAÇÕES DIANTE DO RISCO, DAS AMEAÇAS E DOS DESASTRES EM ZAPARA E NO CONSELHO DE CIRUMA, ESTADO ZULIA: UMA PERSPECTIVA COMPARADA

Resumo

Neste texto, resenhamos a realização de um estudo antropológico comparativo no Conselho de Ciruma (Município de Miranda, Costa Oriental do Lago de Maracaibo) e na ilha de Zapara (Município de Almirante Padilla) a respeito da construção de imaginários e representações sobre riscos, ameaças e desastres. Partimos da ideia de "de-



sastre" como uma categoria com prolongamento cultural, na medida em que os efeitos de certas circunstâncias transcendem a dimensão material e imprimem sequelas socioculturais no imaginário dos grupos que as padecem. Nesse sentido, os efeitos catastróficos geram representações, em concordância com as propostas de Cardona (1993), Amodio (2005) e Altez (2010). Concluimos que os diferentes espaços geográficos (ilha-colina) propiciam particularidades quanto à aparição de riscos e ameaças. Tais riscos propiciam imaginários e representações particulares em cada comunidade. Em Zapara, por exemplo, os imaginários e representações estão associados às chuvas e à água, ao passo que no Conselho de Ciruma referem-se à seca e ao fogo.

PALAVRAS-CHAVE: imaginários, representações, desastres, Zapara, Conselho de Ciruma



IMAGINARIES AND REPRESENTATIONS AROUND RISK, THREATS AND DISASTERS IN ZAPARA AND EL CONSEJO DE CIRUMA, ZULIA: A COMPARATIVE PERSPECTIVE

Abstract

This text describes a comparative study in the Council of Ciruma (Miranda municipality on the eastern coast of Lake Maracaibo and the island of Zapara (Almirante Padilla municipality) examining the construction of imaginaries and representations about risks, threats, and disasters in the aforementioned communities. The study takes an anthropological approach, starting with the idea of "disaster" as a cultural category. In that sense, its effects transcend the material, leaving sociocultural consequences that remain etched in the imaginary of the groups that suffer from it. Representations are generated around these catastrophic events, in according to Cardona (1993), Amodio (2005), and Altez (2010). It is concluded that the different geographical spaces (is-

land-hill) provoke particularities regarding the appearance of risks and threats. Thus based on the physical realities of each community, the approaches are necessarily differentiated. There are particular imaginaries and representations in each community: in Zapara, for example, the imaginaries and representations revolve around rain and water; while in El Consejo de Ciruma, they revolve around drought and fire.

KEYWORDS: Imaginaries, Representations, Disasters, Zapara, The Council of Ciruma.

INTRODUCCIÓN¹

Históricamente, los fenómenos naturales y antrópicos de carácter catastrófico o destructivo han estado de la mano con la humanidad, y estos han sido producto del mismo dinamismo climático que ha tenido la Tierra. Dichos fenómenos naturales, por tanto, han sido parte de las dinámicas del planeta como un sistema, en tanto que dichos fenómenos forman parte de los procesos que definen la geomorfología planetaria, tanto en la superficie como en el interior. Sin embargo, la expansión de la humanidad a los espacios más recónditos del planeta y el consecuente aumento de la población que ha em-



1 Este trabajo corresponde a resultados parciales enmarcados dentro del proyecto “Empoderamiento comunal y gestión socioambiental sustentable: Polígono insular lacustre costero caribeño noroccidental de Venezuela”, financiado por el Fondo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación (FONACIT) y adscrito al Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico (CONDES), en el cual funge como responsables las Prof. Arlene Urdaneta e Ileana Parra. Por su parte, también se presentan resultados parciales del proyecto “Espacio, memorias e identidades en el eje norte de la zona pedemontana de la serranía de Ciruma”, al cual pertenecen los autores de este escrito. Este último está adscrito al Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico (CDCHT), de la Universidad Nacional Experimental “Rafael María Baralt” (UNERMB).

pujado a las comunidades humanas hacia nuevos espacios a habitar, ha traído como consecuencia que los fenómenos naturales muchas veces sean generados por la intervención no solo de factores químicos y biológicos en el ecosistema, sino también por la modificación de los espacios geográficos, que en mucho de los casos han propiciado cambios que ponen en peligro a las sociedades que habitan en dichos territorios.

Producto de la convivencia constante en un espacio, las sociedades se crean y recrean en dichos espacios, en tanto que el espacio termina constituyendo en parte fundamental de la cultura. Se produce una simbiosis espacio-sociedad donde el ser humano modifica su entorno para vivir, pero este último determina también las características socioculturales de los grupos humanos. En este sentido, se parte de la concepción de una nueva forma de percibir el riesgo ya no de lado de los especialistas en gestión de situación de desastres, sino de lado de los propios habitantes que sufren las consecuencias de los fenómenos adversos. Para ello, es necesario el cúmulo de experiencias de las sociedades a partir de la convivencia diaria de posibles riesgos. Por tanto, el papel de las sociedades ante los desastres y las catástrofes no son del todo pasivas, a través del descubrimiento de sus habilidades y destrezas y de la concepción e imaginario histórico que tienen los habitantes sobre un contexto determinado.

No en balde, al constituirse como parte del entorno, los desastres y catástrofes –eventos adversos, en líneas generales– forman parte del imaginario de las sociedades, en tanto que dichos fenómenos tienden a presentarse con una periodicidad. Los daños materiales son los más evidentes en los desastres, si bien los que más perduran son las secuelas psicosociales en las comunidades. Los fenómenos quedan grabados en el imaginario de la sociedad y de dichos



imaginarios se forman representaciones de los desastres como eventos que cambian la vida de quienes lo padecen. Explicaciones míticas y supersticiosas del porqué de los fenómenos son comunes, en gran parte, debido a las representaciones y al imaginario en torno a estos.

Los estudios sobre desastres constituyen una temática de reciente interés en el país, en especial tras el deslave de Vargas, mejor conocido en la colectividad venezolana como la “tragedia de Vargas”, que quedó grabada en la memoria de los venezolanos y sacó a la palestra pública el tema de los desastres, a pesar de durante buena parte de la historia de Venezuela estos eventos adversos han acompañado a la sociedad. El infame terremoto del 26 de marzo de 1812, así como los terremotos de Caracas en 1967 y el de Cariaco en 1997, tuvieron eco en su momento. Del mismo modo, la tragedia de El Limón, estado Aragua, en 1987, y el incendio de Lagunillas de 1939, tuvieron su impacto en la colectividad en su momento.

Partiendo de las ideas anteriormente expuestas, la presente investigación parte de la realización de un estudio comparativo en El Consejo de Ciruma (municipio Miranda de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo) y la isla de Zapara (municipio Almirante Padilla) en torno a la construcción de imaginarios y representaciones sobre riesgos, amenazas y desastres en las comunidades mencionadas, bajo una mirada antropológica. Se parte de la idea de “desastre” como una categoría cultural, en tanto que sus efectos trascienden lo material y deja secuelas socioculturales que quedan grabadas en el imaginario de los grupos que lo padecen y se generan representaciones en tornos a dichos eventos catastróficos.



1. RIESGO, AMENAZA Y VULNERABILIDAD EN LOS CONTEXTOS SOCIALES

Según Wilches-Chaux, un desastre es:

Un evento identificable en el tiempo y en el espacio, en el cual una comunidad ve afectado su funcionamiento normal con pérdidas de vidas y daños de magnitud en sus propiedades y servicios, que impiden el cumplimiento de las actividades esenciales y normales de la sociedad (Wilches-Chaux 1993, en Amodio 2005, 15).



Asimismo, Cardona plantea que un desastre es:

un evento o suceso que ocurre, en la mayoría de los casos, en forma repentina e inesperada, causando sobre los elementos sometidos alteraciones intensas, representadas en la pérdida de vida y salud de la población, la destrucción o pérdida de los bienes de una colectividad y/o daños severos sobre el medio ambiente. Esta situación significa la desorganización de los patrones normales de vida, genera adversidad, desamparo y sufrimiento en las personas, efectos sobre la estructura socioeconómica de una región o un país y/o la modificación del medio ambiente; lo anterior determina la necesidad de asistencia y de intervención inmediata (Cardona 1993, en Amodio 2005, 15).

Según lo expuesto por ambos autores, el término desastre hace referencia a un evento que se desarrolla en un contexto determinado teniendo como característica primordial la pérdida de vida y daños materiales, lo que desencadena el deterioro y la incapacidad por parte de los afectados de desarrollar sus actividades rutinarias del día a día. La situación de estudio en el caso de

los desastres es trascendental debido al comportamiento histórico que en líneas generales los seres humanos han tenido, entre los que resalta el mínimo conocimiento de preparación antes, durante y después del evento. Cuando se hace referencia al “antes”, las personas no consideran la posibilidad de que algún desastre pueda ocurrir o afectarles, aún después de haber sufrido durante alguno, al poco tiempo nadie parece recordarlo y no se piensa en que el evento podrá repetirse posteriormente. “Durante”, porque en la mayoría de los casos el miedo y la confusión del momento impiden que se tome la decisión más adecuada para resguardar la vida y la de la familia antes que nada. “Después”, porque ante el panorama de desorden, temor, incertidumbre, desequilibrio y desgaste emocional, esto puede orillar a las personas a tomar decisiones que, en lugar de beneficiarlos, afecten más su salud y seguridad, y porque ante muchas situaciones las personas necesitarán ayuda médica, psicológica y económica para poder salir delante de la situación.

Para Cardona (1996, en Amodio 2005), *la amenaza o peligro* (Hazard-H) se define como la probabilidad de ocurrencia de un evento potencialmente desastroso durante cierto período de tiempo en un lugar específico; la *vulnerabilidad* (V), como el grado de pérdida de un elemento o grupo de elementos bajo riesgo, resultado de la probable ocurrencia de dicho evento desastroso; el *riesgo específico* (Specific Risk-Rs), como el grado de pérdidas esperadas gracias a la ocurrencia de un evento particular y como una función de la amenaza y la vulnerabilidad; los *elementos* bajo riesgo (E), como la población, las edificaciones y obras civiles, las actividades económicas, los servicios públicos, las utilidades y la infraestructura expuesta en un área determinada; y el *riesgo total* (Total Risk-Rt), como el número de pérdidas humanas, heridos, daños a las propiedades y efectos sobre la actividad económica debido a la ocurrencia



de evento desastroso, es decir el producto del riesgo específico y los elementos bajo riesgo. Tomando en consideración lo anterior:

Si bien es cierto que el factor dominante en la condición de desastre es la vulnerabilidad [...] también es cierto que por la intervención humana [...] se genera una nueva gama de amenazas que difícilmente podrían llamarse “naturales” [se trata de las amenazas] “socionaturales” [...] que toman la forma de amenazas naturales y, de hecho, se construyen sobre elementos de la naturaleza, sin embargo, su concreción es producto de la intervención humana (Lavell 1998, en García Acosta 2005, 18).



Según los planteamientos del autor antes mencionado, existen amenazas de riesgo que se derivan de las acciones o cambios negativos que las personas han realizado en un espacio geográfico determinado o simplemente producto de la inserción de elementos químicos que transforman la situación actual de los ecosistemas o el contexto bajo el cual se desarrollan los seres humanos. En la Tierra continuamente se producen eventos socionaturales que traen como consecuencias desastres devastadores, tanto materiales como humanos, y debido a su impacto estos eventos socionaturales deben ser estudiados a cabalidad. Es necesario tener en cuenta la diferenciación de los términos antes anunciados, entre los cuales se encuentran la amenaza y el peligro, la vulnerabilidad y el riesgo, y cómo estos a su vez pueden ocasionar o no un desastre material o en el peor de los casos humanos.

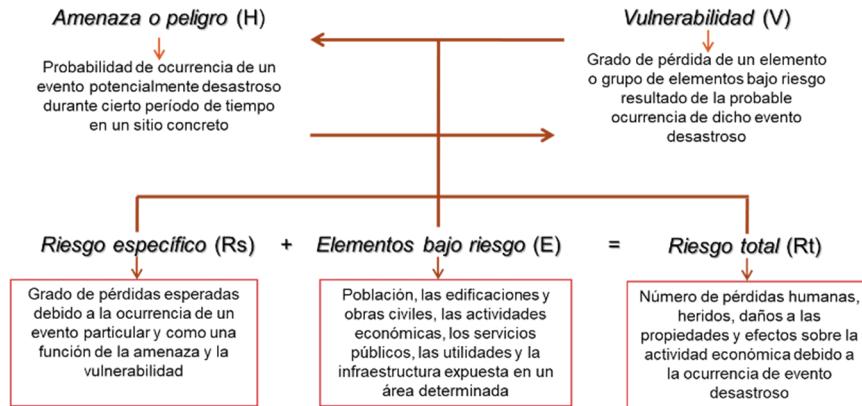


Gráfico 1: Conceptualización de riesgo
Fuente: García (2017)



La construcción social se asocia con los riesgos, visión que tiene utilidad analítica y cobra cada vez más fuerza entre los estudiosos de los desastres y los efectos que los mismos han tenido en las sociedades. A pesar de su beneficio manifiesto para abordar la temática vinculada a los desastres, se le han atribuido significados diversos, lo cual ha contribuido en algunos casos a confusiones en su utilización. Es natural que esto ocurra en la evolución de los planteamientos teóricos que se construyen en las ciencias para la interpretación de la realidad (García Acosta 2005).

En este sentido, según García Acosta (2005), la generación y recreación de riesgos como parte medular del proceso de desastre, factor que incrementa la incidencia de los efectos producidos por los diferentes fenómenos naturales (sismos, huracanes, desequilibrios hidrometeorológicos que generan sequías

e inundaciones) han dado paso en su acumulación histórica a un incremento de los eventos dañinos: “su aumento en el tiempo puede explicarse por la incidencia de eventos físicos contruidos o amplificados socialmente” (Lavell 1998, 169), y por la creciente construcción social de riesgos. En este sentido:

Hay dos puntos de observación que utilizan el mismo concepto de construcción social del riesgo. Ambos parten de las condicionantes sociales como eje central para su definición: una derivada de la visión culturalista, que ofrece la percepción de los grupos sociales acerca de los riesgos que pueden vulnerar a sus comunidades o sociedades, y otra surgida del análisis de la génesis que conduce a situaciones de vulnerabilidad de grupos específicos de la sociedad (García Acosta, 2005:22).

Dentro del mismo contexto, Duclos expresa lo siguiente:

...celebro que finalmente las ciencias humanas hayan comenzado a abordar la problemática de los riesgos y reconozco que el acercamiento antropológico se ha desarrollado en torno al tema de la construcción social del riesgo a partir de mostrar como la percepción racional de los riesgos está marcada por la falta de información y la omisión de los contextos sociales en la definición de los símbolos que permitan identificar los riesgos mismos (Duclos 1987, en García Acosta 2005, 13).

Según lo planteado por ambos autores, la visión culturalista es la percepción que tienen los habitantes con respecto a la vulnerabilidad y amenazas que puedan suscitarse en su entorno, sin embargo, esta situación es el resultante del imaginario colectivo de un grupo social que genera respuestas y posibles vías de abordaje ante eventos socioculturales no deseado, es decir los peligros relevantes que de una manera a otra se pueden suscitarse debido a experiencias



históricas y que permite tener una concepción totalmente distinta a la de los cuerpos especiales de seguridad en materiales de administración de desastres, que son los que de alguna manera u otra realizan análisis metódicos y científicos para responder antes, durante y después de un desastres o un riesgo inminente; el método de visión culturalista representan actualmente una salida a la eficiencia de respuestas y soluciones ante algún riesgo debido a que gran parte de las situaciones de riesgos son conocidas por su pobladores, producto del constante acercamiento con la situación o el problema generado, lo que permite que ciencias como la antropología intervengan ante estas situaciones.

Continuando con Geertz, los escritos antropológicos son ellos mismos interpretaciones y por ende interpretaciones de segundo y tercer orden (por definición, sólo un “nativo” hace interpretaciones de primer orden: se trata de su cultura). De manera que son ficciones; ficciones “en el sentido de que son algo ‘hecho’, algo ‘formado’, ‘compuesto’ –que es la significación de *fictio*–, no necesariamente falsas o inefectivas o meros experimentos mentales de ‘como si’” (Geertz 2003, 28). Plantea, además, que la descripción etnográfica presenta tres rasgos característicos: a) es interpretativa, b) lo que interpreta es el “flujo del discurso social”, y c) “la interpretación consiste en tratar de rescatar lo dicho en esos discursos de sus ocasiones percederas y fijarlos en términos susceptibles de consulta” (Geertz 2003, 32). Además, agrega una cuarta característica a la descripción etnográfica –o como él mismo afirma que al menos así la pone en práctica–: es microscópica.

Ricoeur denomina símbolo a “toda estructura de significación donde un sentido directo, primario, literal, designa por añadidura otro sentido indirecto, secundario, figurado, que no puede ser aprehendido más que a través del primero” (en Valdés 2000, 99). Por su parte, Kottak define un símbolo como



algo –verbal o no verbal–, que “arbitrariamente y por convención representa a otra cosa con la que no tiene que tener necesariamente una conexión natural” (2007, 336).

Entretanto, Sperber define código como

un conjunto de parejas (mensajes, interpretación) dado, ya sea, en un caso elemental como el morse, bajo la forma de simple lista... la lengua, bajo la forma de reglas que definen potencialmente todas las parejas del código y sólo éstas (Sperber 1988, 36).



Toda actividad humana, por ende, cultural, está plagada de signos, símbolos y códigos que determinan las relaciones sociales. Tanto las actividades deportivas como lúdicas se caracterizan por poseer una amplia gama de símbolos, signos y códigos, con significados propios. Se trata, por consiguiente, de un mundo pleno de significados implícitos y explícitos, un mundo propio, que para poder ser aceptado, es primordial adaptarse a los signos, símbolos y significados, así como las acciones que ello conlleva. Cada una de estas actividades, precisamente por ese entramado de significados, se conforma en espacios de socialización diferenciados.

Según Hérin (2006, 45), el espacio geográfico es considerado desde la perspectiva física, biológica y cósmica, en sus interrelaciones con los grupos humanos, el espacio ecológico, de alguna manera. El espacio social, entonces, se define como el campo de las relaciones sociales, cómo se sitúan los individuos y los grupos unos con respecto a los otros, al sentido de la situación social, de distancia social u otros términos de espacios utilizados para caracterizar las relaciones sociales. El espacio también es mental, en la medida en que los individuos lo perciben, imaginan y valoran de modos diversos, y estas

percepciones y valoraciones subjetivas también condicionan la relación con el espacio, al igual que lo hace, por ejemplo, la presencia de ciertos atributos naturales.

El autor propone una combinación de los dos tipos anteriores: el espacio socio-geográfico, el cual abarca “la proyección en el espacio geográfico de las estructuras sociales, de las representaciones, de los mitos de la sociedad” (Hérin 2006, 45); espacio en el cual se reflejan las jerarquías sociales, conflictos de grupos, donde también cabe el espacio de lo imaginario, de lo religioso, proyectado en el espacio concreto. Este espacio social es producto de las relaciones sociales presente en esa espacialidad concreta. Por ello, es posible afirmar que el espacio es también un producto cultural, en tanto que los grupos sociales o colectivos culturalmente diferenciados lo viven, imaginan u representan. Entonces, es posible aseverar que un colectivo culturalmente diferenciado es capaz de emprender la ocupación de un espacio, con lo que este deja de ser una mera superficie, unas coordenadas o un lote más, pues, tal como lo enuncia Fiore (1985), “un espacio objetivo, un espacio *en sí*, de hecho no existe, siendo el espacio ante todo una creación cultural”, por lo cual “es posible la creación de un espacio por parte de un grupo local” (en Valbuena 2005, 32).

Por tanto, las sociedades serán creadoras del espacio desde distintas representaciones compartidas colectivamente; por lo que “algunas nacen de la geometría, pero las hay también provenientes de la construcción física del espacio e igualmente de un mundo cromático de color urbano, o de signos vernaculares” (Silva, en Valbuena 2005, 32).

La relación entre los miembros de los grupos se forma y reforma mediante una serie de elementos cohesionadores cuyos significados de dichos elementos son compartidos por los integrantes. Significados que sirven como



componentes cohesionadores; pero, a su vez, cuando el grupo replantea y reorganiza las significaciones, esta reformulación o reinterpretación de significaciones son el punto de encuentro para cohesionar al grupo. Por tanto, se puede decir que una representación social es “un conjunto organizado de cogniciones relativas a un objeto, compartidas por los miembros de una población homogénea en relación con ese objeto” (Flament 2001, 33). Por su parte, Abric expande este argumento sobre las representaciones sociales:

Si, por ejemplo, un individuo (o un grupo) expresa una opinión (es decir, una respuesta) respecto a un objeto o a una situación, dicha opinión en cierta forma es constitutiva del objeto, lo determina. El objeto reconstruido es entonces de forma tal que resulta consistente con el sistema de evaluación utilizado por el individuo. Es decir, por sí mismo un objeto no existe. Es y existe para un individuo o un grupo y en relación con ellos. Así pues, la relación sujeto-objeto determina al objeto mismo. Una representación siempre es la representación de algo para alguien. Y como lo dice Moscovici (1986:71), esta relación, “este lazo con el objeto es parte intrínseca del vínculo social y debe ser interpretada así en ese marco”. Por tanto, la representación siempre es de carácter social (Abric 2001, 12).

Esta hipótesis, que versa sobre el abandono del corte sujeto-objeto, lleva a otorgar un status nuevo a lo que se identifica como “realidad objetiva” y que es definida por los componentes objetivos de la situación y del objeto. Se puede plantear que, a priori, no existe realidad objetiva, pero que toda realidad es representada, apropiada por el individuo o el grupo y reconstruida en su sistema cognitivo, integrada en su sistema de valores que depende de su historia y del contexto social e ideológico que le circunda. Y es esa realidad apropiada y reestructurada que “para el individuo o el grupo constituye la realidad misma.

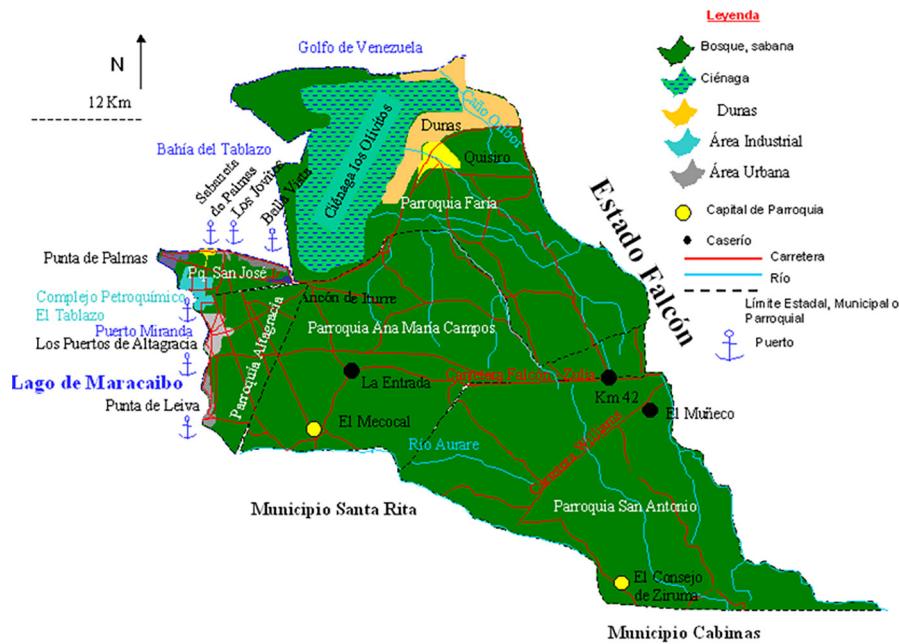


Toda representación es así una forma de visión global y unitaria de un objeto, pero también de un sujeto” (Abric 2001, 12).

2. EL CONSEJO DE CIRUMA: CONTEXTO ESPACIAL Y CARACTERÍSTICAS

El Consejo de Ciruma está ubicado en la parte sureste del municipio Miranda del estado Zulia, en las estribaciones de la serranía de Ciruma. Capital de la parroquia San Antonio, que cuenta con 11.558 personas (INE 2011) en su territorio, concentrados en el pueblo propiamente dicho, y en otras aglomeraciones como Quiroz, La Ceiba, El Pensado, El Cabimito, entre otros. Los orígenes de esta comunidad se remontan a principios del siglo XVIII d.C., como lo registra el obispo Mariano Martí durante sus visitas a estos parajes en 1774 (Martí 1989). Se encuentra adornada por grandes árboles de copaiba (cabi-mos) y por un verdor que emana de sus fértiles tierras, que la ubican entre las mejores zonas del estado Zulia para el desarrollo de la actividad agropecuaria (Strauss *et al.* 2000).





Mapa 1: Ubicación de El Consejo de Ciruma con respecto al municipio Miranda.
Fuente: Wikipedia (2013).

Está dotado de diversas riquezas naturales, variedad de especies de flora, destacándose árboles y arbustos, así como vegetación herbácea y algunas plantas medicinales. Fue declarado como pueblo “Jardín del Zulia” por el Ministerio del Ambiente en 1979, dado a la conservación que sus pobladores hacen al árbol de copaiba, al que consideran un símbolo, y por la zona de protección de flora y fauna silvestre, conocida como “El cardón”, donde se conservan especies vegetales únicas en Venezuela y el mundo, así como inver-

tebrados, hongos y reptiles. La trama de ocupación espacial tiene una organización cuadrangular o de damero en los alrededores de la Plaza Bolívar y la iglesia de San Antonio de Padua, en tanto que el resto se aglomera en torno a la vía que conduce al Kilómetro 34, expandiéndose calles alrededor de las vías anteriormente mencionadas.

Entre los riesgos que se encuentran en El Consejo de Ciruma se cuentan:

- Incendios forestales, producto de la tala y quema indiscriminada.
- Expansión masiva de efluentes tóxicos producto de la quema indiscriminada de la flora y basura. Los consejeros denominan esta situación la “humareda”, que cubre todo el pueblo.
- Inundaciones producto de las lluvias en algunas zonas circunvecinas al pueblo, si bien en El Consejo propiamente dicho no se producen inundaciones.
- Sequía prolongada, que propicia la disminución de la actividad agropecuaria.



3. ZAPARA: CONTEXTO ESPACIAL Y CARACTERÍSTICAS

La isla de Zapara se encuentra ubicada en la parte norte del estado Zulia, en el municipio Insular Almirante Padilla, específicamente al este de la Isla de San Carlos, separada de esta por el canal de navegación del Lago de Maracaibo. Pertenece jurisdiccionalmente a la parroquia Monagas, que cuenta con 4.237 habitantes (INE 2011). Moldeada por el impacto de los vientos alisios, que constantemente arrastran las nubes y humedad hacia otras latitudes zulianas, Zapara posee un clima árido, con escasas lluvias, que caen en mayo y a finales de octubre; una escasa vegetación matorral y espinal, con presencia de gramí-

Zapara cuenta con variadas riquezas naturales y un potencial turístico debido a su ubicación geográfica, entre la bahía de El Tablazo y el Golfo de Venezuela, así como la presencia de dunas o médanos de casi 30 metros de altura que cubren una buena porción de la isla. En sus costas, en especial las del Golfo, se encuentran variadas especies de tortugas que anidan en el litoral zapareño, lo que la convierte en un ecosistema de alto valor ecológico para el Zulia y la costa occidental caribeña venezolana en general. La trama de ocupación espacial se caracteriza por ser irregular, sin seguir un patrón específico, agrupados en los caminos que conducen al “Torreón” y expandiéndose hacia el oeste, en el camino a “El Dery”.

Entre los riesgos que se encuentran en Zapara se cuentan:

- Tormentas eléctricas, ocasionalmente acompañadas de vientos.
- Mar de leva frecuente. Los zapareños denominan este fenómeno como el “mareón”, el cual llega hasta el Torreón.
- Desplazamiento de los médanos producto de los vientos, que propician el tapiado de las edificaciones próximas a estas formaciones arenosas.
- Dada su condición de isla, el acceso de bienes y servicios en Zapara es limitado y muchos de estos servicios deben ser provistos en Isla de Toas e incluso en El Moján.



4. NOCIONES Y REPRESENTACIONES EN TORNO AL RIESGO Y AMENAZAS EN LAS COMUNIDADES: EL CONSEJO DE CIRUMA

Ana, habitante de El Consejo de Ciruma, considera que el pueblo es una zona libre de riesgos naturales debido a que las lluvias son fácilmente absor-

bidas por los suelos del Consejo, teniendo como característica principal su porosidad, evitando de esta manera que se formen charcos. Durante las lluvias, se puede observar fácilmente la buena absorción de los suelos, que se secan rápidamente, aunado a la inclinación del suelo, constituyéndose así con buen drenaje. No se percibieron charcos o anegamiento de aguas en el sector.

También comenta que la lluvia es vista como un juego, en la que la gente sale a bañarse y disfrutar del chaparrón, argumenta José Luis, padre de Ana. Esa costumbre de salir a bañarse bajo la lluvia también es una costumbre en Maracaibo y probablemente en todo el norte del estado Zulia. Basta salir en la lluvia (tal como los autores del presente trabajo hicieron) para percatarse de la actitud de los consejeros ante las precipitaciones, como si de un juego bajo el agua se tratase. Niños y adultos, por igual todos, llenaban las calles y jugaban sin la menor preocupación, viviendo al máximo el momento, como si el tiempo se detuviera, como si fueran parte de la lluvia. El ánimo lúdico ante el chaparrón pareciera hacer olvidar la sensación de las gotas frías que caen sin cesar. La gente se aglomera en los alrededores de la Plaza Bolívar, escenario del juego en torno a la lluvia.

Los informantes, al preguntárseles sobre si la lluvia constituye un peligro para El Consejo, comentan, sin tapujos y sin vacilar, que no, que las lluvias no son amenazas ni las perciben con temor. De hecho, asumen la lluvia como un juego para pasar el rato y disfrutar la frescura del agua fría que cae, en comparación con el calor abrasador característico de la zona. La reciben con relativa tranquilidad. Mencionan, sin embargo, que temen a los relámpagos, que producen daños ocasionales, y cuentan historias sobre personas que han muerto a causa del impacto de los rayos. Los daños, según van contando, se remiten a árboles y techos, en vista de la ausencia de pararrayos en las distintas edifica-



ciones del lugar. José Luis recuerda haber escuchado de un caso muy famoso en el pueblo, sobre un hombre que había sobrevivido a seis impactos de rayo, a pesar de los evidentes daños, como las quemaduras, y haber muerto de un infarto en la tranquilidad de su cama.

María, esposa de José Luis, cuenta que los relámpagos o rayos no han producido daños mayores ni le provocan mayor miedo, afirmación secundada por el resto de los informantes. El testimonio anteriormente expuesto, junto con la actitud percibida en las personas que disfrutaban bajo la lluvia, lleva a interpretar que los rayos y centellas no son percibidos como amenazas por parte de los consejeros. Para ellos, la lluvia no representa mayor amenaza o peligro.

Tanto José Luis como María consideran con mayor preocupación el período de sequía, más que el de lluvias. Es oportuno destacar que, como en gran parte del territorio venezolano, en El Consejo se presentan dos estaciones: una seca (de noviembre a abril, conocida localmente como “verano”) y una húmeda (de mayo a octubre, conocida como “invierno”²). Ambos informantes explican que el verano trae sequías prolongadas, en especial durante los últimos años, en los cuales se han presentado períodos de sequedad de más de un año de duración.

Para los entrevistados, la sequía, más allá de la ausencia de lluvias propiamente, representa escasez, debido a la dificultad de conseguir agua para la actividad agropecuaria, pilar fundamental de la economía de El Consejo. Muchas haciendas y granjas se ven en apuros debido a la escasez de pasto verde.

2 Estas definiciones locales de las estaciones, basadas en las lluvias, suele causar confusión entre los visitantes provenientes de latitudes medias, como Europa y Norteamérica, en tanto que el invierno en el hemisferio norte corresponde de diciembre a marzo, en tanto que en Venezuela el “verano” coincide con el invierno boreal.



No se ha reportado desabastecimiento o hambrunas en el pueblo, pero sí se comenta que es más difícil conseguir productos locales y estos tienen un mayor costo.

Otro factor que pareciera preocupar a los consejeros son incendios forestales. José Luis comenta que la quema es una práctica frecuente en los terratenientes del lugar, si bien reconoce que gran parte de los incendios se producen espontáneamente. Este consejero recalca que “a veces son los vidrios que dejan tiraos en los montes, papeles que se queman, es lo que provoca esos incendios”, lo que deja entrever que están conscientes de que dichos incendios tienen una cuota de responsabilidad por parte de los pobladores. Como lo plantea García Acosta (2005) y Amodio (2005), las comunidades reconocen los riesgos y se sienten vulnerables ante ellos.

Tanto José Luis como María tienen conciencia del impacto de la tala y quema provocada a los bosques locales, fundamentalmente por madereras para la realización de trabajo de carpinterías, siendo un elemento del deterioro ambiental que actualmente padece este poblado, pues propicia la disminución de precipitaciones y la erosión que, a largo plazo, trae como consecuencia la disminución de los caudales de los ríos e, incluso, muchos de estos se vuelven estacionales, limitando el aprovechamiento de los recursos hídricos.

Tanto Ana como José Luis explican que entre los meses de octubre a abril no llovió casi, por lo que el verano se extendió durante esos meses sin haber una temporada de lluvias, en el cual estuvo en peligro la producción agropecuaria de la zona, lo que trajo problemas de abastecimiento de alimentos y agua. “La quemada”, como denominan las quemadas frecuentes durante el “verano”, se da al mediodía. Puede ser provocada o espontánea. En sequías se producen dichas quemadas, generándose gran cantidad de humo que poco a poco llega a El Consejo.



Dichas “humaderas” empiezan a llegar a El Consejo a media tarde o a primeras horas de la noche. Según la dirección del viento, se va llenando progresivamente y se extiende por el pueblo como si de niebla se tratara. Ana comenta que los consejeros se encierran en sus casas para evitar el contacto directo con el humo. Debido a esta nube de humo, muchos habitantes del pueblo padecen de problemas respiratorios, como asma, neumonía y bronquitis. En épocas de “humareda”, el ambulatorio local colapsa debido a la masiva afluencia de personas con problemas respiratorios. Los entrevistados explican, con aire de resignación, que no existen medidas concretas para el control de la tala y quema; la comunidad considera que dicha quema es natural y no inducida, por lo que no puede evitarse, así que es parte del ciclo de la vida en El Consejo. Ello cabe dentro de lo que García Acosta (2005) concibe como riesgos o amenazas producto de la acción humana sobre su espacio geográfico inmediato, debido a la transformación del ecosistema, en este caso, con la tala y quema.



5. NOCIONES Y REPRESENTACIONES EN TORNO AL RIESGO Y AMENAZAS EN LAS COMUNIDADES: ZAPARA

Francisco Rodríguez comenta que el aumento desmedido de motorizados, quienes corren entre los pasillos de las casas y los callejones como si anduvieran a pie. Agrega que muchas personas se quejan, por lo que, a su juicio, considera un abuso pasar por la propiedad privada y caminerías en motos. Según “Piñita”, 26 motos merodean por la isla durante todo el día, como si de una pista de *motocross* se tratase. Se han reportado varios accidentes, si bien con heridas leves y raspones sin víctimas fatales, tampoco se han registrado arrollamientos ni choques entre ellas.

María Vílchez (suegra de Rodríguez) también se queja de la proliferación de las motos, las cuales, a su juicio, rompen con la paz de la isla, pues el estruendo corta el silencio tranquilizador característico de la isla. Relata que primera vez que ve tanto movimiento en Zapara, puesto que antes de la llegada de las motos, el sonido más fuerte era el de los motores de las lanchas.

Los motorizados casi siempre van acompañados, con uno o dos compañeros (si se trata de niños). Corren por doquier y atraviesan literalmente por cualquier espacio en donde quepan. Cuando se desplazan sobre ellas, parecerían que siguieran a pie, pues siguen prácticamente el mismo patrón de desplazamiento que los peatones. Muchos pobladores optan por colocar piedras en los callejones y pasillos, en tanto que otros están empezando a construir cercas perimetrales en sus propiedades y casas para evitar el acceso descontrolado de los bólidos y de animales.

Durante la presencia de los autores del presente trabajo en la isla de Zapara, se presencié el “mareón”. Una especie de mar de leva que se adentra en las calles de la comunidad, generalmente en forma de corrientes que siguen los caminos y tardan en secarse, que deja el suelo húmedo por varios días; e, incluso, deja algunos charcos en las calles. Las zonas más propensas a sufrir el “mareón” son la Plaza Nigale y el “Camino al Torreón”, si bien se extiende a otras calles y caminerías.

Los pescadores explican que el fenómeno se debe a la elevación de la marea, combinado con las lluvias torrenciales, si bien se presenta sin necesidad de lluvias, como fue el caso específico del “mareón” que se vio durante la visita. Los zapareños comentaban con asombro el acontecimiento, pues un “mareón” de estas dimensiones se presenta en época de lluvias y sobre todo por la rapidez en que la marea volvió a bajar. La bajamar provocó que las lanchas



quedaran varadas hasta bien entrada la mañana: eran las 8:00 de la mañana y ninguna embarcación había podido zarpar.

Varios pobladores, entre ellos Rodríguez, María Vílchez (conocida como “Chinca”) y el señor Adeldo Morán (uno de los habitantes más ancianos del lugar), cuentan que los mareones se dan con mayor fuerza y frecuencia durante octubre, debido a las lluvias. Las aguas se adentran hasta el Torreón, y hacia la zona de la planta de diésel. El señor Adeldo relata que, antes de la construcción de lo que hoy se conoce como el pueblo de Zapara (muchas personas mayores denominan el sector como El Correntón), el agua tapaba todo el pueblo, pero con las construcciones el alcance del agua es más limitado. María Vílchez recuerda que el “mareón” ha sido parte de la vida de la comunidad y que en muchos casos el agua “se mete hasta adentro” de las casas, lo que provoca daños materiales. A pesar de todo, al igual que el señor Adeldo, no recuerda sobre víctimas fatales por mareones o correntones. Sin embargo, cuentan que en algunos casos las pérdidas son cuantiosas y muchas veces los afectados no han recibido ayuda de sus vecinos, por lo que la señora Vílchez decía que en esos casos extremos se muestra la verdadera cara de las personas.

Adeldo Morán nació en Zapara viejo (el todavía denomina “Zapara” al antiguo poblado). Cuando tenía 10 años, se mudaron a lo que hoy llaman Zapara (él y otras personas mayores llaman al sector “El Correntón”). Como hace sesenta años se mudaron para El Correntón, debido a que el pueblo viejo iba siendo tragado por los médanos poco a poco. Hoy día hay mareones, pero no llegan tan adentro como El Correntón.

En la comunidad de “El Deri”, situada junto al muro de contención del Canal de Navegación del Lago de Maracaibo, el “mareón” se interna en la localidad a través de una cañada, que fue tapiada por los cubanos y que se alberga



en la isla cumpliendo labores en las distintas misiones sociales impulsadas por el gobierno nacional. El proceso de tapiar la cañada es a través de sacos de arena que fungen como diques, que han ido cediendo poco a poco, el cual, para el momento de nuestra visita, se encontraba semidestruido y el agua se adentraba sin mayor esfuerzo. Tanto a Hernán como a Nilda, habitantes de El Deri, les asusta los chubascos, pues se mueve la casa. El “mareón” también se mete en las áreas de El Deri por una cañada o canal. Dicho canal fue cerrado por los cubanos, con sacos de tierra, si bien dicha protección ha ido cediendo poco a poco.

Cuando se enferman, los zapareños se dirigen hacia El Moján y, en menor medida, a Maracaibo y a Los Puertos de Altagracia. En Zapara apenas se reiniciaron los trabajos para culminar el Centro de Diagnóstico Integral (CDI). El señor Adeldo va a hacerse una “placa” (radiografía del tórax) en Los Puertos, porque en El Moján no le resuelven nada.

Otro factor menos frecuente, si bien no menos impactante, son los chubascos. Para cualquier advenedizo, es difícil sospechar una lluvia y mucho menos un viento, debido a que la nubosidad se forma repentinamente, incluso achacándoles a los lugareños usar el supuesto mal tiempo como excusa para quedarse en casa. Sin embargo, apenas la presión del aire baja, los zapareños corren despavoridos a sus casas en busca de refugio del viento que muchas veces se combina con tierra, produciendo una bruma que apenas deja visibilidad. Todo objeto liviano –sillas plásticas, ropa colgada, papeles– vuela por toda la isla. El viento les evoca terror, más que la lluvia misma. Los hombres de las familias protegen al resto en las cercanías de las puertas y salen a cuidar los enseres esenciales, en tanto que las mujeres y niños se quedan dentro, lo más alejado posible de las puertas y ventanas. En espera a que el viento cese,



el miedo se transpira hasta que las furias eólicas se calman un poco. Si bien el viento sigue con menos fuerza, los pobladores se asoman tímidamente para observar los objetos perdidos.

Ya al día siguiente, el chubasco se convierte en el tema de conversación. En las postrimerías del ventarrón, es casi imposible no iniciar una conversación con los habitantes de Zapara, en tanto que todos hablan del chubasco, de cómo lo sobrevivieron y el miedo que les embargaba. Eneida de Rodríguez comenta que los chubascos se llevaban hasta los techos de las casas, razón por la cual es común en Zapara ver techos bajos para evitar el levantamiento de los mismos. Ana Marcola de Morán relata que vio a un vecino en aprietos porque se le estaba volando la tapa del tanque de agua, así como el peligro que mucha gente corrió al estar a merced del viento.

Historias de chubascos pasados no se hacen esperar. Eneida recuerda cómo el techo del antiguo ambulatorio, ubicado en la plaza, salió desprendido de golpe y volando hasta donde alcanzaba la vista. También comenta sobre casas que quedaban destrozadas por el viento. Adeldo reflexiona sobre los estragos de los chubascos, si bien no recuerda pérdidas humanas en dichos fenómenos.



Cuadro 1. Categorización de entrevistas.

Informante	Recorrido propio	Tiempo/ Espacio	Riesgo	Amenaza	Vulnerabilidad	Naturaleza
<i>Ana Bueno</i>	Oriunda de El Consejo de Ciruma. Trabaja en el SIAE de la Universidad Nacional Experimental "Rafael María Baralt".	21/07/2013 Consejo de Ciruma	Zona libre de riesgos debido a la absorción del suelo en lo concerniente a la aguas	Relámpagos, tiempos de sequía	Toneladas de madera son extraídas del ecosistema. Incendios forestales	Lluvia, arboles, suelo, relámpagos
<i>José Luis Bueno</i>	Oriundo de El Consejo de Ciruma. Casado con María Méndez, con quien tiene varios hijos. Trabaja como obrero en el liceo del pueblo.	21/07/2013 Consejo de Ciruma	Zona libre de riesgos debido a la absorción del suelo en lo concerniente a la aguas	Tiempos de sequía	Toneladas de madera son extraídas del ecosistema, incendios forestales	Lluvia, arboles, suelo, relámpagos
<i>María Méndez</i>	Oriunda de El Consejo de Ciruma. Ama de casa, casada con José Luis Bueno.	22/07/2013 Consejo de Ciruma	Tala y quema de arboles	Tiempos de sequía	Toneladas de madera son extraídas del ecosistema, incendios forestales	Lluvia, arboles, suelo, relámpagos
<i>María Vílchez</i>	Oriunda de Zapara. Ama de casa, fue pescadora durante parte de su vida. Tiene hijos, nietos y bisnietos.	17/07/2013 Isla de Zapara	Inundación a gran escala, pérdidas materiales, vientos	Mareones, motos	Pérdidas materiales e infraestructura	Lago, mareones, chubascos



partiendo de las realidades físicas de cada comunidad, son necesariamente diferenciadas. Para los habitantes de Zapara el problema reside en el agua y el viento. Dada su condición de insularidad, el mar de leva o el “mareón” ocasiona problemas variados, entre los cuales se destaca el daño a las instalaciones públicas y las viviendas al metérseles el agua. Los mareones se producen fundamentalmente durante la temporada de lluvias, por lo que estas últimas son vistas con recelo entre los zapareños. Los aguaceros vienen acompañados de chubascos, que causan estragos en la infraestructura del lugar, y, sobre todo, genera un miedo descomunal entre los pobladores, quienes caen en pánico con tan solo sentir la más mínima brisa repentina.

Los habitantes de El Consejo de Ciruma, por su parte, ven sin mayores preocupaciones la lluvia, en tanto que la asumen como una especie de bendición, una fuente de agua. Esperan las lluvias con ansias. Para los consejeros, el problema reside en la sequía, pues esta trae escasez y desabastecimiento. Otro aspecto que les preocupa es la tala y quema en los alrededores del pueblo, que ocasionan las “humaderas”, que producen enfermedades respiratorias y otras molestias, que desmejoran la calidad de vida de la localidad.

Ambas comunidades reconocen, en mayor o menor medida, las situaciones que consideran amenazas, sean de origen natural o antrópico. Están conscientes de que el uso irracional y desmedido de los recursos naturales ocasiona desequilibrios ambientales que atentan contra la calidad de vida de las comunidades, e, incluso, ponen en peligro la sustentabilidad de sus respectivos asentamientos. Sin embargo, en las distintas entrevistas, tanto consejeros como zapareños no sienten tener control sobre los fenómenos que les afectan y muchas veces lo consideran como parte de su ciclo de vida. La “humadera” de los consejeros y los “mareones” de los zapareños se asumen como problemas,



pero se sufren y no se buscan soluciones. Mucho menos existen propuestas para contrarrestar los efectos de dichos fenómenos que les afectan, como si sintieran que la solución de sus problemas escapara de sus manos.

En Zapara, el viento y el agua simbolizan peligro, precaución, amenaza. Los pobladores asumen los chubascos con miedo, en tanto que asumen los mareones con resignación, con dolor. En El Consejo, el agua y el viento son bien recibidos, como una suerte de bendición; por contrario, la sequía o el fuego se asumen con miedo y como amenaza. El fuego quizá pueda no afectar directamente al poblado, si bien una de las consecuencias del mismo es la ola de humo que asola a la comunidad cuando se producen las talas y quemas, que muchas veces son espontáneas por la sequía o “verano” prolongado.

Dichos riesgos propician imaginarios y representaciones particulares en cada comunidad. En Zapara, por ejemplo, los imaginarios y representaciones giran en torno a las lluvias y al agua, en tanto que en El Consejo de Ciruma son en torno a la sequía y al fuego. En ambos casos, dichos imaginarios y representaciones surgen por la interacción entre el ser humano y el medio, en la cual este último constituye parte fundamental e indisoluble de la cultura.



REFERENCIAS

Bibliográficas

ABRIC, Jean-Claude. 2001. Las representaciones sociales: aspectos teóricos. En *Prácticas sociales y representaciones*, comp. Jean-Claude Abric. México: Ediciones Coyoacán.

- Altez, Rogelio, José Antonio Rodríguez y Franco Urbani. 2004. *Historia del pensamiento sismológico en Venezuela, una mirada inquieta*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, FUNVISIS, Sociedad Venezolana de Historia de las Geociencias.
- Altez, Rogelio. 2010. *Si la naturaleza se opone... Terremotos, historia y sociedad en Venezuela*. Caracas: Editorial Alfa.
- Amodio, Emanuele. 2005. *El fin del mundo. Culturas locales y desastres: una aproximación antropológica*. Caracas: FACES – UCV.
- Fiore, Bárbara. 1985. Antropología dello spazio. *La Ricerca Folclorica*, no. 11: 15-29.
- Fuenmayor, William. 2011. *Atlas del Zulia: Síntesis Socio Histórico Cultural y Geográfica*. Maracaibo: Splanos.
- García Acosta, Virginia. 2005. El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos. *Desacatos*, no. 19: 11-24.
- Geertz, Clifford. 2003. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Hérin, Robert. 2006. *Introducción a la Geografía Social*. Maracaibo: LUZ, Vicerrectorado Académico.
- Kottak, Conrad Phillip. 2007. *Introducción a la Antropología Cultural*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Martí, Mariano. 1989. *Documentos relativos a su visita pastoral de la diócesis de Caracas. 1771-1784*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Sperber, Dan. 1988. *El simbolismo en general*. Barcelona: Antrhopos.
- Strauss, Emilio et al. 2000. *Miranda, síntesis sociohistórica, cultural geográfica*. Maracaibo: Splanos, C.A.
- Valdés, Mario. 2000. *Con Paul Ricoeur: indagaciones hermenéuticas*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.



Electrónicas

Instituto Nacional de Estadística. www.ine.gov.ve

Entrevistas

Ana Bueno, realizada el 21 de julio de 2013 en el Consejo de Ciruma.

José Luis Bueno, realizada el 21 de julio de 2013 en el Consejo de Ciruma.

María Méndez, realizada el 21 de julio de 2013 en el Consejo de Ciruma.

Francisco Rodríguez, realizada el 16 de julio de 2013, en la isla de Zapara.

María Vílchez, realizada el 17 de julio de 2013, en la isla de Zapara.

Hernán Osorio, realizada el 17 de julio de 2013, en la isla de Zapara.

Nilda de Osorio, realizada el 17 de julio de 2013, en la isla de Zapara.

Adelso Morán, realizada el 18 de julio de 2013, en la isla de Zapara.

Ana Marcolina de Morán, realizada el 18 de julio de 2013, en la isla de Zapara.

